

“Ad catacombas”

Escribe: GERARDO PAZ OTERO

(Si el mundo cristiano quiere salir victorioso en la lucha contra el mundo comunista, debe tornar la mente hacia la Urbs aeterna y sus simbólicas catacumbas; es en la Roma subterránea y eterna, tumba del paganismo oriental y cuna del cristianismo, donde la civilización europea y americana debe buscar la necesaria fortaleza espiritual).

Briefe aus der Urbs aeterna (Cartas desde la Urbe Eterna) se intitula el órgano de divulgación cultural del movimiento *pro Urbs aeterna* editado en Roma para los países europeos de lengua alemana. En su última entrega el historiador y arqueólogo Kurt Körbel publica interesante estudio sobre el desarrollo cronológico de las catacumbas, cuya existencia se remonta varios siglos en la era pre-cristiana de la Roma pagana, según las siguientes apreciaciones del citado autor.

CEMENTERIOS PAGANOS

En el paganismo la familia romana se componía no solo de padres, hijos y parientes, sino que incluía también a esclavos, liberti a su servicio, y a aquellas personas que, por una u otra causa, se acogían a su patronato.

Por lo tanto *el pater familias* era el representante legal de todo ese grupo doméstico así integrado, con derechos absolutos —aun sobre vida y muerte— pero también le incumbían ciertas obligaciones, entre ellas la de atender al entierro de todos los miembros.

El derecho a sepultura amparaba por igual, inclusive a los esclavos, quienes con la muerte adquirían automáticamente su libertad según la primitiva legislación romana; prerrogativa que asistía también a los criminales condenados a la pena capital, si alguien reclamaba el cadáver, como sucedió en la muerte de Cristo.

Cada persona podía elegir el sitio de su tumba en los extramuros de la ciudad; los ricos compraban áreas en algunas de las vías consulares donde construían su propio mausoleo; pero también existían cementerios públicos como el de la *Isola sacra* en Ostia Antica; o los hallados en las recientes excavaciones debajo de la iglesia de San Pedro, y las *areas sepulchralis* a lo largo de la *Via Appia Antica*.

Areas sepulcralis y mausoleos particulares fueron los orígenes de los primitivos cementerios cristianos donde se enterraban sin discriminación a paganos y creyentes; diferentes circunstancias concurrieron a la generalización de los cementerios, tales como el cambio de costumbres, el desuso en que cayó la incineración tan en moda durante el auge del paganismo, la clausura de las fosas comunes para pobres en el Esquilin, el ensanche de la ciudad, y, no por último, la influencia del cristianismo en los primeros siglos, pues, según Tertuliano, fueron los cristianos quienes lograron terminar con la práctica de arrojar los cadáveres de los niños en los basurreos, e impusieron su digna sepultura.

Pero también estaba permitido inhumar a los miembros de un grupo familiar en su propia casa, donde el *pater familias* construía su mausoleo privado; esta sepultura doméstica se generalizó durante los siglos anteriores al advenimiento de Cristo, especialmente en Roma. Cuando el mausoleo privado no era suficiente para albergar los cadáveres de una misma familia, se labraban en torno a él galerías subterráneas y a los lados se iban colocando en nichos o *loculos* los cuerpos en posición horizontal; a medida que se hacía necesario se prolongaban las galerías a niveles inferiores, pues no era permitido traspasar los límites de cada propiedad, cuyas dimensiones se gravaban a la entrada de cada mausoleo, pero en cambio el propietario podía disponer de todo el subsuelo posible; así las fosas más antiguas quedaban en los niveles superiores y las más recientes en los profundos. Tal fue el origen de las catacumbas paganas (túneles) cuya excavación y conservación resultaban fáciles dada la consistencia del subsuelo romano compuesto de tierra blanda y húmeda que con la acción del aire y la luz se compactaba adquiriendo la resistencia del adobe, no necesitándose mayores auxilios técnicos.

Estas galerías sepulcrales no deben confundirse con las excavaciones que se hacían para la extracción de arena volcánica, o tierra de puzolana para usos industriales, diferenciándose por la irregularidad de sus túneles.

En estas *grutas* los cristianos celebraron sus primitivos ritos, y son el origen del culto externo en los templos; también se labraban bancas en las paredes para los oficios fúnebres, pues los entierros paganos se verificaban por la tarde, a la puesta del sol, y se volvía a visitar la tumba al tercero y al séptimo día, al mes y al año para conmemorar la muerte llevando a la sepultura el *refrigerium*, práctica tolerada en un principio por la Iglesia.

Una vez colocados los cadáveres en los *loculos* estos se sellaban con placas de mármol, y si el difunto era pobre se colocaban sencillas lozas en las que se gravaban signos profanos para su identificación y posterior reconocimiento.

Todas las criptas paganas eran lugares sagrados, respetados por la autoridad, y cuando algún criminal o perseguido lograba refugiarse en ellas, quedaba a salvo de la acción de la justicia. Fue así como los primeros cristianos perseguidos buscaron la protección de las catacumbas, y vivían en sus galerías utilizando los mismos símbolos profanos para mutua orientación y reconocimiento.

Como cada familia en la Roma pagana poseía su propio cementerio subterráneo, fácil es comprender que estas galerías sumaban centenares de millas de longitud; la sola catacumba de Domitila mide 15 kilómetros, con un área de 56.260 metros cuadrados, capaz de albergar centenares de personas.

Catacumbas no solo existían en Roma, también las había en Italia central, Chusi, Nápoles, Sicilia, Siracusa, Malta, Túnez y el Asia Menor.

La cremación de los cuerpos era costumbre pagana, las cenizas se colocaban en urnas cinerarias talladas en bloques de piedra o mármol, según la capacidad económica de la familia, y se conservaban en las casas o en las catacumbas.

Una distinguida forma de sepultura era el *arcosol*, semicírculo de un metro de ancho por metro y medio de alto, excavado en las paredes de las galerías, donde se colocaban los cadáveres en posición vertical, sellándose con lozas decoradas en colores.

Los *sarcófagos* constituían las sepulturas más lujosas, reservadas para potentados y nobles; se labraban en cantera o mármol con frisos alegóricos esculpidos en las caras laterales, y se colocaban en hileras bajo techos sostenidos por pares de columnas en lugares especiales.

EVOLUCION DE LOS CEMENTERIOS

Esta breve reseña sobre los orígenes históricos de los primitivos cementerios y catacumbas paganas impone conocer su evolución al cristianismo, y cuál fue la influencia de los papas en este tránsito de la administración profana al control religioso.

El *Liber pontificalis* es el documento conocido más antiguo sobre la historia de los papas, y en él se registran las primeras actividades de los pontífices con relación al servicio de cementerios. Fue el papa Zephyrin, (199-217) quien fundó en la Via Appia la primera *area sepulcralis*, o cementerio parroquial, que puso al cuidado de su diácono, y más tarde su sucesor, Calixtus; desde entonces se conoce este camposanto como el cementerio de San Calixto; allí fueron enterrados todos los papas del siglo tercero, excepto el mismo Calixtus, quien fue sepultado en el cementerio de sus familiares, en la *Calepodius catacombe* sobre la *Via Aurelia*.

Durante el pontificado del papa Fabián (236-250) se dividió la ciudad en diaconías, y se construyeron varios cementerios cristianos. Aunque ya por esa época configurábase un culto a los difuntos, es en el siglo tercero, con el auge de las parroquias, cuando los cementerios adquieren el verdadero carácter de *camposantos*, y la autoridad eclesiástica asume la potestad de elegir los lugares de inhumación, su administración y control.

Cuando los cristianos se refugiaron en los cementerios subterráneos los comunicaron entre sí mediante estrechos pasadizos para efectos de su mutua defensa y convivencia; las catacumbas tomaron desde entonces el aspecto de extraños laberintos con acceso a mausoleos o iglesias de super-

ficie, en alguna de estas se supone fueron hechos prisioneros el papa Sixto y sus diáconos, al ser sorprendidos por las fuerzas pretorianas celebrando oficios divinos.

Sobre las tumbas de los apóstoles Pedro y Paulo se construyeron luego las primeras basílicas cristianas; como se sabe, en un principio las basílicas eran de carácter gentilicio, destinadas a la pública administración de justicia, y fueron los primeros edificios paganos que se destinaron al culto del cristianismo.

En el siglo IV la gran mayoría de las áreas sepulcrales pasaron a ser propiedad de la Iglesia, iniciándose así una nueva etapa en el desarrollo de los cementerios cristianos al asumir la dignidad de católicos y pasar al control de los presbíteros *tituli*, o sea *párroco*, con lo cual perdieron definitivamente el carácter de paganos.

Con la decadencia del imperio romano durante la era de la migración de los pueblos, y los continuos saqueos de que fue víctima la ciudad por parte de godos, vándalos y longobardos, se hizo necesario retirar de las galerías las pocas reliquias sagradas que había dejado el pillaje, y trasladarlas a los templos para su custodia.

La acción del tiempo destruyó los mausoleos externos y cubrió las entradas a las galerías, quedando en completo abandono esos cementerios subterráneos que cayeron en el olvido durante toda la Edad Media, hasta 1578 cuando trabajadores en busca de tierra de porcelana en la Via Appia dieron por casualidad con "grutas unidas por pasos subterráneos", y como en esa misma Via Appia subsistió durante todo el Medioevo, el cementerio de San Sebastián, llamado según fuentes antiguas, *ad catacombas*, fue entonces cuando estos cementerios redescubiertos recibieron el nombre, no muy apropiado, de *catacumbas*.

Para evitar el continuo saqueo de las catacumbas fueron tomadas medidas coercitivas, tales como las que a título de curiosidad se reproducen:

En el *Cod. Urinatus* lat. 1067, c. 620, se lee: "2. octubre. 1.599. Para evitar el hurto de reliquias, como ha sido costumbre, se prohíbe bajo sanción de galeras y excomunión papal penetrar a las grutas de San Sebastián, o a otras iglesias en los alrededores de Roma".

En las *Copilaciones de la Biblioteca Casanatencia* se encuentra otra prohibición similar de tiempos de Clemente VIII, (1.592-1.605), al folio 346, con fecha 4 de agosto de 1604 y firmada por el cardenal Camilo Borghese, el más tarde Paulo V, que dispone terminantemente: "Nadie puede penetrar a las grutas, las catacumbas y los cementerios". La Iglesia se proponía con esta providencia acabar con la práctica muy en boga de hacer excavaciones de reliquias, "o de osamentas bajo el título de reliquias", "por lo tanto, se obliga a los propietarios, arrendadores, o simples *mezzaroli* (aparceros) de campos y viñedos a clausurar con muros las entradas a las catacumbas que se hallasen en sus terrenos. Además "están en la obligación de informar durante el mes de agosto, al notario Muzio Passerini, sobre las entradas que en sus terrenos se encontrasen hacia galerías, o de lugares que descubriesen en forma de cementerios".

No solo debió ser el temor de perder reliquias lo que originó tan severas prescripciones, seguramente se inspiraban en motivos de seguridad personal por el peligro de perderse en esos laberintos; así, Panciroli en su *Tesori nascosti...* refiriéndose a las catacumbas de Priscilla, informa: "que para poder salir de las galerías se aconseja usar un cordel cuyo extremo debe estar bien asegurado en la entrada; también para evitar extravíos se han dejado muy pocas entradas en los otros cementerios".

En una antigua *Guía por las maravillas del mundo pagano y de la ciudad cristiana de Roma*, editada en alemán por Hermannum Bavinek Metelensem del obispado de Münster en Vestfalia en 1625, se dice: "Sin luz no se puede bajar a las catacumbas ni transitar por las galerías; las velitas de cera que se encuentran en esta y otras iglesias valen un 'quia-trin', el dinero debe depositarse en la caja del lado".

EPIGRAFIA, SIMBOLISMO FUNERARIO

Interesante resulta el estudio del contenido y simbolismo epigráfico en las catacumbas, y su evolución del significado idolátrico al monoteísta.

Los paganos, para identificar las tumbas colocaban sobre ellas monedas, vasos de oro, lámparas de aceite, vasijas con sustancias aromáticas, o bien gravaban en las lozas pequeñas figuras simbólicas, como peces, panecillos, cuerpos alados, etc. Se identifica una clara evolución en el simbolismo iconográfico pagano-cristiano. Las imágenes y signos que el paganismo usó en las catacumbas sufrieron una metamorfosis espiritualística; cuando los cristianos perseguidos irrumpieron en los cementerios subterráneos, utilizaron los mismos signos y palabras paganas para la identificación de lugares, reconocimiento entre sí, etc. Fue así como al pez se le identificó con el milagro de la pesca milagrosa; apropiándole un simbolismo ritual, las figuras aladas se identificaron con la concepción bíblica de los ángeles, etc. También adaptaron al culto divino las ánforas, lámparas, incensarios, etc. Posteriormente con la consolidación del concepto religioso, las pinturas profanas y gentiles de las catacumbas fueron enriqueciéndose con pinturas de contenido bíblico-cristiano. La prolijidad en alusiones pictóricas del *Antiguo testamento*, pasajes recordatorios de la vida de Jesús y padecimientos de los cristianos, tienen su explicación en un hecho natural: el analfabetismo reinante en la época indujo a los primeros padres de la Iglesia a apelar al método visual de instrucción popular como más del alcance de las gentes ignorantes y humildes, y así proliferaron las gravaciones y pinturas catequizantes.

Impresionantes por su sencillez son las pinturas con que gentiles y primitivos cristianos decoraban catacumbas o cámaras sepulcrales: así se encuentran en promiscuidad múltiples adornos paganos y representaciones neutrales inspiradas en las cuatro estaciones, gravados eróticos, etc., alternando con escenas bíblicas especiales de carácter histórico-sagrado.

Resulta, por lo tanto, interesante estudiar la evolución ideativa de esas pinturas en los primeros siglos cristianos: hasta fines de la tercera centuria predominan motivos tomados de la *Biblia* y los *Evangelios*, tales

como representaciones del Buen Pastor, de Orantes, del Arca de Noé, o escenas de la vida de Jonás, tales como Jonás arrojado al mar, Jonás devuelto por el monstruo marino, Jonás a la sombra del arbusto de calabazas; o Daniel en la gruta de los leones, episodios bautismales, de adoctrinamiento, etc.

Al finalizar el siglo tercero son más frecuentes los pasajes bíblicos y episodios de la vida de Jesús; pero también reaparecen escenas del legendario mundo pagano con marcada interpretación del sentido cristiano (Orfeo, Amor y Psiquis, etc.); hay igualmente descripciones pictóricas alusivas a la vida y profesión del difunto. A mediados de la cuarta centuria la pictórica funeraria evoca las primeras basílicas cristianas con retablos de Cristo en el Colegio Apostólico, el Salvador entre Pedro y Paulo, alegorías de orden religioso, etc.

Un más avanzado estilo descriptivo pictórico iníciase en el siglo quinto y se prolonga hasta el octavo; se trata ya de pinturas más realistas destinadas a decorar las tumbas de apóstoles y mártires, describiendo episodios de sus vidas, martirio, muerte y existencia eterna; es una etapa evolutiva en la historia de la religión ante el ejemplo avasallador de los mártires, caen en desuso los cementerios subterráneos y surge el culto externo a los santos del cristianismo.

LA INVESTIGACION CIENTIFICA

Para terminar esta breve reseña de catacumbología bien está hacer corta alusión al aspecto investigativo y técnico de las catacumbas romanas.

El primer observador serio de las criptas romanas fue Antonius Bosuius (1575-1629) como resultado de sus prolijas exploraciones escribió *Roma sotteranea*, obra publicada después de su muerte en 1636; sus estudios no encontraron imitadores sino destructores.

La verdadera investigación científica de las catacumbas la inició en el siglo pasado el sacerdote jesuíta Marchi (1759-1860) lo asesoró en esta labor y la continuó eficazmente Jon. Bat. De Rossi (1822-1859) quienes lograron descubrir una serie de nuevas galerías. Fue precisamente De Rossi el creador de la moderna catacumbología, ciencia que requiere profundos conocimientos en literatura primitiva cristiana, en teología, en epigrafía, en arqueología y topografía. El ejemplo de Rossi ha tenido pocos pero muy consagrados imitadores; su mérito radica no solo en los novedosos aportes científicos, sino en haber sentado las bases técnicas para un estudio que aún no puede darse por terminado, y ofrecer a los investigadores modernos nuevos campos de acción. También la casualidad ha contribuido a aumentar el interés por estos estudios; la última catacumba se descubrió accidentalmente en 1956 durante la construcción de un moderno edificio en la antigua Vía Latina, cuando los trabajadores hallaron una galería subterránea adornada con pinturas. Con este casual hallazgo llegan a 56 las catacumbas hasta hoy conocidas, muchas de las cuales, seguramente por haber permanecido desde un principio infranqueables en propiedades privadas, han conservado mejor las pinturas y decoraciones, ofreciendo así interesantes y originales aspectos investigativos.

El *Tratado laterano* puso las catacumbas bajo el protectorado de la Comisión de Arqueología Cristiana, entidad que tiene a su cargo todo lo relacionado con su conservación, fomento de la investigación, publicaciones científicas, etc. Se trata de una de las instituciones más calificadas y serias de Italia, como que sus miembros deben ser personas versadas en historia antigua y eclesiástica, en filosofía y teología, en arqueología, topografía y hagiografía; esta entidad ha reunido científicos de diversos países.

La administración de las principales catacumbas está hoy en día en manos de comunidades religiosas que han construido sobre ellas conventos o monasterios, y permiten visitarlas a los miles de turistas mediante el adecuado pago de derechos de entrada; de este ingente producido bien podría cederse parte a la Comisión de Arqueología Cristiana, cuyos trabajos requieren grandes erogaciones, y sus recursos no le permiten adelantarlos en la forma intensa y constante como sería deseable.

Decíamos al iniciar estos comentarios que el mundo americano y europeo, si desea persistir en la civilización cristiana de Occidente, debe acudir a buscar la necesaria fortaleza espiritual a los prístinos hontanares donde el politeísmo sucumbió ante el monoteísmo, y entonces el camino hacia la *Roma sotterrana et aeterna* debiera ser una *via sacra* hacia el idealismo, donde toda cruzada económica desdice de su mismo simbolismo.